

Nos ha presentado así el doctor Ortega la imagen flexible y ondulante de Alejandro de Humboldt. Su sombra polifásica se ha amoldado a todas las circunstancias y necesidades de las épocas; independiente de la vida real de su autor, la conciencia mexicana había creado un Humboldt propio, que fielmente acompañaría al joven país en sus vicisitudes, y de acuerdo a ellas le negaría o le afirmaría, pero le tendría presente. Llegamos a verle casi morir a principios del siglo xx, pero un nuevo empeño, ahora seriamente filosófico en la pluma de O'Gorman, le rescata de las sombras y le da una nueva y más justa valoración. La aventura de esta vida activa y fructífera resulta apasionante y nos deja preguntándonos ¿cuál de todos será el verdadero Humboldt? Y claro, debe aceptarse que todos, pues todos ellos recibieron algo del aliento vital del Barón.

Josefina ZORAIDA VAZQUEZ
El Colegio de México

GOROSTIZA DESTROZADO *

EL VASTO CAMPO de investigación que el título de este volumen sugiere, queda sin cubrir por el contenido de la obra. No es ni una biografía de Gorostiza, ni un cuadro de su época, ni un estudio de sus obras; cualquiera de estas cosas requeriría en último término un conocimiento preciso de su época y un sentido de perspectiva que aquí falta por completo. Está formado el libro por una masa de materiales indigestos y copiados sin esmero, agrupados sin tener en cuenta la verdad, el orden o la cronología, y sin que se identifique su procedencia o la ubicación actual del original. El sumario sugiere que hubieran podido servir para breves artículos periodísticos, pero muchos de los documentos están tan mutilados que el conjunto no resulta fidedigno. La bibliografía y el índice destacan por su ausencia.

En toda la obra aparecen afirmaciones inexactas y contradictorias. En la página 11 se hace morir a su padre, Pedro Fernández de Gorostiza, el 8 de noviembre de 1794; en la página 14, muere el 8 de junio. Según la página 18, los her-

* ARMANDO DE MARIA Y CAMPOS, *Manuel Eduardo de Gorostiza y su tiempo. Su vida. Su obra.* México, 1959; 436 pp.

manos de Gorostiza son vecinos de Madrid en 1825; en la página 22, Francisco reside en Cádiz en ese mismo año. En la página 25, se dice que Gorostiza abandonó España para siempre en 1821; en la página 32, se le sitúa, ganándose la vida, durante ese año, en Londres; pero, según la página 42, se aleja otra vez de España definitivamente, ahora en 1822. Pues bien, las tres afirmaciones son falsas, como he señalado en una reseña anterior (*Historia Mexicana*, VIII, p. 231).

Una prueba más de la ignorancia y la falta de cuidado del compilador está en aquel párrafo de la página 28 con que pretende tender un puente entre el certificado matrimonial de Gorostiza (1811) y su primera aparición en funciones políticas (1820):

Narra Ramón de Mesonero Romanos —*El curioso parlante*— los sucesos de un día de marzo de 1814, y el regocijo del pueblo de Madrid al enterarse de que Fernando VII juraría la Constitución de 1812, en sus *Memorias de un setentón* . . . que empezó a publicar en 1830 en *La Ilustración Española y Americana*.

Fernando no estaba precisamente en España en la fecha citada y no juró mantener la constitución hasta el año 1820. Mesonero, que nació en 1803, difícilmente hubiera escrito sus memorias ya septuagenario en 1830, y mucho menos las hubiese podido publicar en un periódico que no empezó a existir hasta unos cuarenta años después.

A menos que la intención del compilador al editar este volumen haya sido que sirviera de catálogo comercial, poco justificado parece que está el clamar que los documentos son inéditos o desconocidos. Y, sin embargo, dice en la página 74 que la carta de Gorostiza clasificada con el número 2, del 3 de septiembre, es "inédita". El original está en los archivos de la Secretaría de Relaciones Exteriores, de la Ciudad de México, y fue publicada en 1931 en *Las Relaciones Diplomáticas entre México y Holanda* (pp. 40-42), y fechada correctamente allí el 9 de septiembre. ¡Ni siquiera lo copió bien! En la línea 8 de su texto omitió "de la adoptada"; tres líneas más abajo escribe "contendiese" por "entendiese"; y en el último párrafo de dicha página copia "May" por "Meg" (nombre del secretario belga). Si el libro se fuera a utilizar como catálogo comercial de esas copias, mi consejo sería: *Caveat emptor*.

Los documentos que son originales e inéditos podrían haber constituido (si hubieran estado bien editados) una fuente bre-

ve, pero valiosa, para componer una biografía que hiciera justicia a Gorostiza.

Lota M. SPELL

EN RECUERDO DE PRESCOTT

COMO LO INDICA EL TÍTULO,* se trata, con esta edición, de conmemorar dignamente al historiador norteamericano W. H. Prescott en el centenario de su tránsito (28-I-1859). Así nos lo indican los tres editores en el brevisimo prefacio, añadiendo además que el volumen conmemorativo preparado por ellos, intenta valorar la producción histórica de Prescott a la luz de la época presente, tan distinta de la que vivió el historiador bostoniano. Prescott es presentado y visto como el pionero de los historiadores norteamericanos, por el interés que mostró por los temas históricos españoles e hispanoamericanos; también es considerado como uno de los primeros historiadores que en América estableció los cánones para escribir la historia moderna del continente. Prescott, el historiador favorito (en su tiempo) de una gran parte del público lector norteamericano, respondía perfectamente, de acuerdo con lo que expresa el prefacio citado, no sólo a la exigencia histórico-romántica, sino también al requerimiento erudito.

El libro que comentamos consta de cuatro importantes artículos: "William Hickling Prescott: El hombre y la historia", por R. A. Humphreys, profesor de historia latinoamericana en el University College London; "La historia como arte romántico: caracterización y estilo", por David Lavin, profesor de inglés en la Universidad de Stanford; "Notas acerca de la interpretación de Prescott sobre la 'Conquista del Perú'", por el historiador peruano Guillermo Lohmann Villena, catedrático de las universidades de San Marcos y Católica de Lima, y "Pascual Gayangos: la ayuda indispensable de Prescott", por C. Harvey Gardiner, profesor de historia de la universidad sureña de Illinois. A estos cuatro artículos hay que agregar aún una lista cotejada de los manuscritos de Prescott, confeccionada por Jerry E. Patterson, estudiante graduado de la Universidad de Columbia, y una interesante serie de recensiones críticas de las mejores revistas de la época, relativas a los libros siguientes de Prescott: *El reinado de*

* *William Hickling Prescott. A Memorial.* Ed. de Howard F. Cline, C. Harvey Gardiner y Charles Gibson. Durham, Duke University Press, 1959: 179 pp.